



Águila dorada

Cuentan los antiguos que, hace muchísimo tiempo, había un rey inca que de tanto vivir ahora se encontraba al borde de la muerte.

Por eso deseaba adjudicar su reinado a su amado hijo, el heredero... el príncipe al que todos conocían como “Águila dorada”.

El monarca deseaba que su hijo continuara el esplendor de la civilización Inca pero, para su desgracia, su sucesor también se encontraba gravemente enfermo.

Ningún curandero había logrado encontrar el mal que lo aquejaba y sus súbditos hacían constantes imploraciones a los dioses por la salud del príncipe.

Los médicos y hechiceros no renunciaban su búsqueda de una medicina que pudiera curar a su próximo rey.

Sin embargo, lejos de mejorar, Águila Dorada empeoraba con el paso de los días. La preocupación crecía a la par que el tiempo del príncipe se acababa.

Como último recurso, el rey decidió convocar a los sabios que habitaban en el pueblo: científicos y hechiceros... brujas, brujos y hasta algún demonio camuflado que andaba por ahí.

Estos, al ver que ninguna medicina curaba al príncipe, decidieron apostar por un último recurso: llevarlo a una cascada encantada, cuya existencia se suponía al sur de las montañas nevadas.

El consejo de notables citaba a los antiguos hombres de la región que aseguraban, afirmaban, enfatizaban que solamente era suficiente tomar agua y bañarse en esa cascada para que los convalecientes recuperaran inmediatamente su salud.

O... al menos... eso decían los antiguos que los dioses aseguraban. Había que confiar en sus mandatos divinos.

A pesar de que la cascada no quedaba a la vuelta de la esquina, y que el camino sería largo y sinuoso, decidieron correr el riesgo, esperanzados en que sus fatigas serían recompensadas con la salud del príncipe.

Águila Dorada se desmejoraba a cada minuto. Por eso, todo el pueblo donó algo para la expedición. Rápidamente, se juntó comida, agua, ropa y medicinas para afrontar el largo viaje.

El día que iban a partir hacia la milagrosa cascada, formaron una larguísima caravana compuesta por elementos del más alto rango: sabios, médicos, nobles, guerreros, hechiceros y sacerdotes.



Todos partieron de aquel valle peruano del Cuzco, que fuera el centro de la cultura y poderío de los Incas.

Durante muchos días caminaron rumbo al sur, sorteando toda clase de peligros en su recorrido a través de altísimas montañas, prolongados valles y caudalosos ríos.

Soportaron climas cálidos y fríos, enfrentaron animales salvajes y alimañas, hasta que por fin... un buen día... llegaron hasta el pie de una altísima montaña, cuya majestuosidad dejó impresionados a todos hasta hacerlos exclamar:

—¡Aconcáhua...!, ¡Aconcáhua!... Que en su lengua significa “vigía” o “centinela de piedra”.

Uno de los sabios aseguró que ese lugar era un augurio de que su destino se encontraba muy cerca.

Redoblaron el paso y al poco tiempo oyeron un estruendoso sonido que se parecía al eco que repite el torrente de un río.

Todos se alegraron de haber llegado a la gran cascada. Sin embargo, aún los separaba de ella un abismo insondable, lo que hacía imposible el paso al manantial.

Idearon mil formas de atravesarlo, pero no encontraron ninguna posible.

Cansados y desilusionados, decidieron pasar la noche ahí.

Acamparon en el lugar algunos días en espera de encontrar una solución a su problema... pero los ánimos empezaron a flaquear y las fuerzas a declinar.

Una mañana, un fuerte temblor sacudió el lugar.

Despavoridos, los incas corrieron sin saber dónde refugiarse, pues parecía que la tierra quisiera arrojar un gran volcán.

Asombrados presenciaron un fenómeno maravilloso de la naturaleza, pero no era la erupción de un volcán, ni su nacimiento, como ellos imaginaron.

Eran millares de rocas y piedras de todos los tamaños que se deslizaban por las laderas de las montañas. Caprichosamente se iban amontonando como si una mano gigante e invisible las fuera acomodando.

Maravillados, presenciaron cómo se formaba un extraordinario puente que unía ambos lados del abismo.

Cantaron y bailaron por el milagro que les permitiría llegar hasta el manantial. El príncipe bebió del agua y se bañó en ella. Así Águila dorada, el futuro rey de los Incas, recuperó su salud.



Alegres, regresaron al Cuzco y así fue cómo el anciano rey cedió el imperio a su hijo.

Para recordar aquel prodigio de la naturaleza, cuya existencia se atribuyó sin duda alguna a los dioses, a la gente de la región puso por nombre a esa espléndida obra de ingeniería divina “El puente de Águila dorada”.

El lugar existe aún en la provincia argentina de Mendoza y todavía hoy gran cantidad de peregrinos, acuden para bañarse en las milagrosas aguas de la cascada.